



Los recientes acontecimientos del Norte de África, en el Magreb y más allá, están teniendo, desde el inicio, el lógico impacto en Argelia, país clave en la orilla sur del Mediterráneo y socio estratégico de España, lo mismo que de Francia e Italia. Si una mirada al mapa permite ver la dimensión de los problemas, sobre todo, en el ámbito político y geoestratégico, la inmensidad argelina y sus recursos energéticos (singularmente, gasísticos) convierte a este país en un área prioritaria para los intereses españoles. De ahí la importancia del análisis de cuanto sucede en Argelia, más aún cuando soplan vientos de fronda en el Magreb y otras partes del mundo árabe. La vecindad impone ese seguimiento riguroso para tratar de anticipar el futuro, objetivo inexcusable de toda política que merezca ese nombre.

Las demandas sociales en favor de la democracia y el bienestar, así como las protestas generalizadas contra el paro y la corrupción, o el bloqueo del sistema político, no podían dejar indiferente a la población argelina, especialmente a los jóvenes, incluso a aquellos con mayor nivel de formación e información, hoy con escasas perspectivas de encontrar empleo y sin horizontes para desarrollar una vida individual y colectiva dentro de parámetros de una previsibilidad razonable. La incertidumbre genera inquietud, tanto o más que la carencia de lo más elemental. Como dijera en una ocasión un Ministro español a su homólogo argelino, "una cierta dosis de previsibilidad resulta fundamental a la hora de adoptar medidas de política económica, sobre todo, aquellas que puedan generar confianza y seguridad jurídica para los operadores económicos extranjeros".

Del mismo modo, la mencionada falta de horizontes y lo imprevisible del futuro han producido en los jóvenes del Magreb un sentimiento de frustración, impotencia e ira ante este estado de cosas. Parecería que medio siglo después de la emancipación del yugo colonial, los países del Magreb estarían necesitados, como ha dicho algún analista, de una segunda descolonización. Esta vez de sus propias élites locales, que habrían traicionado los objetivos políticos, económicos y sociales del proceso emancipador.

El caso argelino participa del conjunto de los objetivos de lo que se ha calificado en la prensa anglosajona como "the arab uprising" (el levantamiento de los árabes), expresión que ya tuvo su precedente en "the arab revolt"-de signo y alcance bien distinto- en las primeras décadas del siglo XX, teledirigida por el servicio de inteligencia británico y puesta en práctica por el legendario Coronel Lawrence, aprovechando el hundimiento del imperio turco, con objeto de trastocar el mapa de Oriente Medio en beneficio de Gran Bretaña.

No obstante esas coincidencias con los sucesos de Túnez, Egipto y otros puntos del mundo árabe, la especificidad argelina merece, sin duda, detenerse en la génesis de los acontecimientos y la especial naturaleza del régimen político en el poder en Argel desde 1962. Ello puede ayudarnos a entender por qué, hasta el momento, la protesta argelina no ha logrado un apoyo popular masivo, ni ha alcanzado un punto de inflexión en dirección del cambio político, ni ha colocado en difícil posición a las autoridades locales.

Las condiciones de seguridad de Argelia, lo mismo que del conjunto del Magreb gravitan sobre nosotros y los países de nuestro entorno. El atentado del jueves 28 de abril en Marraquech es un exponente más de la vulnerabilidad de la orilla sur del Mediterráneo y de los riesgos que ello supone para la orilla norte, especialmente, para España, que ya sufrió en su propia carne, con inusitada violencia, el zarpazo terrorista del islamismo radical.

Corresponde, pues, preguntarse por qué hasta la fecha el régimen argelino no se ha visto también sometido a la dura prueba que la población de otros países árabes ha sometido a sus Gobiernos en demanda de más democracia, menos paro, más bienestar y menos corrupción. De estas exigencias se hace eco, a menudo, la prensa argelina (más belicosa y plural que la de otros países del Magreb), pero el régimen recibe sin inquietud unas críticas sin excesiva trascendencia, ni política, ni callejera.

Sin duda, la especificidad argelina introduce más de un elemento para el análisis, aunque fuerza es constatar que la exasperación ciudadana tiene sus límites y que la situación argelina requiere, por lo mismo, un seguimiento puntual a la vista de los interrogantes que planean sobre la estabilidad del país, sometido a periódicas erupciones de violencia, casi siempre relacionadas con la deriva islamista radical, la carestía, los altos precios de los productos básicos (a menudo, subvencionados) o los deficientes servicios educativos o sanitarios. El Estado y sus clanes son ricos y la población llega difícilmente a fin de mes. El maná energético colma las brechas más visibles en la sociedad, pero no genera bienestar y progreso en los términos que cabría esperar.

Otras revueltas con arraigo en el país son las que periódicamente estallan en la Kabila, donde no siempre es fácil distinguir entre el terrorismo islamista, la reivindicación bereber y la criminalidad organizada. Su difícil orografía facilita las acciones violentas, al tiempo que dificulta la actuación de las Fuerzas de Seguridad. De suyo, la reivindicación bereber es la más pacífica, salvo en momentos de bloqueo del diálogo e intransigencia de las autoridades, como se puso de manifiesto en la denominada "primavera bereber". Resulta esclarecedor al respecto que el término bereber "amazighen" quiere decir "hombre libres", sin que deba extrañar, por tanto, que sectores de Kabila no se sientan cómodos en las rígidas y centralizadoras estructuras de la Argelia independiente. El carácter, compleja situación y subdesarrollo de Kabila no son de ahora, como ya pusiera de relieve Albert Camus en su reportaje "Miseria en Kabila", escrito a comienzos de 1939. En Kabila la oposición está relativamente bien representada (RCD y FFS), las cotas de abstención son altas y manifiesta la desconfianza hacia el poder.

La región de Gardhaia también es sede de enfrentamientos entre musulmanes ibaditas y sunitas, si bien esta violencia tiene un perfil más económico y social que estrictamente

religioso. Los mozabitas progresan gracias a su sentido de la industria y el comercio y el desencuentro con otros sectores de la sociedad argelina hace titulares en más de una ocasión.

Entre los elementos que definen la especificidad argelina figura muy alto el nacionalismo, que cualifica los comportamientos individuales y colectivos de los argelinos y centra tanto la política doméstica como la exterior. De ahí se deriva la fácil movilización de las fuerzas políticas, del conjunto de la sociedad e, incluso, del aparato del Estado ante cualquier injerencia o amenaza externa, real o ficticia, más aún si conviene políticamente. Este sentimiento es compartido por el FLN, lo mismo que por los socios de la denominada coalición presidencial (RND, MSP, entre otros). Hasta partidos de oposición, como el RCD (Unión para la Cultura y la Democracia) y el FFS (Frente de Fuerzas Socialistas) se mueven dentro de la "casa común" del nacionalismo argelino.

En realidad, en Argelia todo partido o agrupación social que se precie ha pasado por el FLN en algún momento de su trayectoria, habida cuenta del carácter vertebrador y fundacional del Frente, cuya historia se confunde con la lucha de liberación y la construcción de la Argelia independiente. El profundo sentimiento nacionalista es el que hizo decir a un histórico del FLN, Belkacem Krim, asesinado en Alemania en la etapa Boumedien, que "la independencia lleva implícito el derecho a gobernarse mal". Cosa que, efectivamente, se hizo realidad en el período de Boumedien, en la que el despilfarro, el autoritarismo y la mala gestión de los recursos hicieron perder al país un tiempo precioso para construir una economía abierta, una sociedad próspera y una democracia participativa. El nacionalismo y el orgullo de los argelinos se vieron aupados en los años de la lucha desigual contra el ocupante francés. La victoria sin paliativos del FLN sobre uno de los ejércitos más poderosos del mundo ha hecho que, a veces, los argelinos pisen demasiado fuerte, cuando la realidad aconsejaría un comportamiento prudente y mesurado.

Como es sabido, el FLN supo movilizar con habilidad (en ocasiones, de manera harto implacable) todas las energías nacionales, ya fueran de carácter político, religioso o social para acabar con el dominio francés, después ciento treinta años de presencia ininterrumpida. Argelia fue para Francia la joya de la Corona y de la República. Francia aportó mucho a Argelia, pero la colonización del territorio revistió alcance y características singulares, nada parecidas a lo que Francia acometió en Túnez y Marruecos. La actuación francesa en los dos vecinos de Argelia fue de corte más clásico y más respetuoso con la lengua, la religión y las estructuras sociales tradicionales preexistentes a la llegada de los franceses.

La política de asimilación y desculturización fueron notas dominantes de la acción colonial francesa, sin ignorar logros en otros muchos sectores, como en la urbanización, infraestructuras o el desarrollo de los recursos. Francia convirtió en departamentos Orán, Argel y Constantina, al mismo nivel que los de la Francia metropolitana. Las élites locales (políticas, económicas o religiosas) se sintieron cómodas con esta política, hasta que después de la Primera Guerra Mundial emergieron partidos y organizaciones nacionalistas, desde el centro y la derecha hasta la izquierda, con figuras como Ferhat Abbas o Messali Hadj, entre otros.

En esos años también da sus primeros pasos el reformismo religioso argelino, que se distancia del islam tradicional y asume tesis nacionalistas y panárabes, provenientes de Oriente Medio, lo que no dejó de inquietar a las autoridades francesas. Hasta los años treinta de la pasada centuria, la religión musulmana estaba en Argelia en manos de los Marabouts, jefes religiosos locales, que asentaban su poder en una Zaouia, especie de ermita donde se daba pábulo a un islam tradicional y colorista, casi milagrero, impregnado, a veces, de sufismo y elementos mágicos. Este islam fue visto con comprensión y simpatía por los franceses, por su escaso mordiente político y su escasa conciencia nacionalista e identitaria. Las Zaouias atraían a numerosos creyentes de las zonas rurales. Por su carácter popular e integrador, el Gobernador francés Jules Cambon las definió como " escuela, capilla, convento y albergue"

Con base en esos movimientos de impronta política y religiosa fue avanzando la conciencia identitaria de los argelinos, centrada en el islam como religión, el árabe como lengua y el espacio físico de lo que es hoy la Argelia independiente como solar patrio. El nacimiento de esta conciencia no quiere decir que los argelinos no hubieran luchado desde el siglo XIX contra la colonización francesa, como testimonia la acción del Emir Abdelkader o la insurrección del oeste, dirigida por el Cheikh Bouamama, el " hombre del turbante blanco".

Los franceses desoyeron en la mayoría de los casos las demandas políticas e identitarias de los argelinos y solo dieron tímidos pasos hacia una mayor extensión de sus derechos políticos, como fue el caso de plan Violette del Gobierno de Leon Blum (1936), que concedió el derecho de voto a 20.000 argelinos. Sin embargo, el rechazo de los europeos de Argelia, en extremo intolerantes, hizo naufragar este intento, que por ello ni siquiera llegó a discutirse en París. Por el contrario, la élite política argelina lo recibió bien.

Todas estas manifestaciones de suicida intransigencia, lo mismo que el aplastamiento, con miles de muertos como resultado, de las manifestaciones identitarias de Setif y Guelma, al término de la Segunda Guerra Mundial, pusieron de manifiesto que las ideas de asimilación e integración no conducían más que al odio y al alejamiento de las dos comunidades. Ni siquiera se llegó a reconocer y recompensar la sangre vertida por las tropas argelinas en las dos guerras mundiales.

Todos estos antecedentes crearon las condiciones para la explosión nacionalista del primero de noviembre de 1954, que fue el primer acto de una larga y cruel guerra de liberación que ensangrentó Argelia por espacio de casi ocho años, hasta los Acuerdos de Evian, la victoria final y la independencia en julio de 1962. La guerra de liberación condicionó grandemente la identidad argelina y la evolución posterior de Argelia, orientando su acción interna y exterior en un marco de signo claramente anticolonial, arabización de la población, economía centralizada, con base en los hidrocarburos, abandono de la agricultura, no injerencia, profundización del no alineamiento y defensa a ultranza de la liberación de los pueblos del yugo colonial y del derecho de autodeterminación.

Muchos de los posteriores comportamientos de Argelia vinieron dictados por la amarga experiencia colonial y los años de lucha sin cuartel contra Francia. La rigidez de los años de combate se mantuvo, sobre todo, después de que Ben Bella fuera separado del poder por

Boumedién en 1965. La etapa Boumedién fue la del socialismo, el partido único, el no alineamiento y el apoyo inequívoco a los movimientos de liberación. Conviene por ello no olvidar que en la cuestión del Sahara Occidental, Argelia sostiene al Polisario, tanto porque ese apoyo erosiona a Marruecos, como por razones de principio y no será fácil lograr que Argel se apeee de las mismas. En aquellos años se acumularon demasiados errores, aunque no es menos cierto que Boumedién impulsó una cierta solidaridad entre los argelinos, con una penuria igualitaria por todos compartida, lejos de las marcadas diferencias sociales de hoy. Argelia, con el paso de los años, iba precisando un cambio en dirección del pluralismo, la apertura, el mercado y la privatización.

A la muerte de Boumedién, en 1978, esa tarea correspondió a su sucesor, el Presidente Chadli Bendjedid, también militar, quien accedió a La Jefatura del Estado en febrero de 1979. El propio ex-Presidente me dijo, en una conversación que mantuve con él en la Residencia El Mithak de Argel, que la apertura en todos los ámbitos fue lo esencial de su acción de Gobierno, añadiendo que sentía un gran respeto por la figura del Rey de España, Juan Carlos I, cuya labor elogió. Haría aquí un inciso para recordar que también el longevo ex-Presidente Ben Bella, uno de los fundadores de la Argelia independiente, me comentó en 2007 que era un decidido admirador del papel del Rey y que a diferencia de otros dirigentes, "había sabido estar siempre en su sitio". Ben Bella aprovechó también esa oportunidad para agradecer al Gobierno de España la retirada de las tropas de la guerra de Irak.

Chadli Bendjedid tuvo que hacer frente a una profunda crisis económica, pero ello no le impidió avanzar en las reformas, creando las condiciones para un menor papel del Estado en la economía e introduciendo un mayor pluralismo político. También los ciudadanos dejaron de estar menos controlados por el Estado en la etapa del Presidente Chadli. Con él acaba el triángulo FLN-Estado-Fuerzas Armadas, que había estado en el centro de la política de Boumedién. La apertura resultó positiva, aunque también hay que reseñar que fue al hilo del nuevo pluralismo político y social cuando el islamismo políticamente organizado comenzó a desempeñar un destacado papel, teñido de una dialéctica de intolerancia, que después de la revuelta de 1988 se traduciría también en acciones violentas de confrontación con el aparato del Estado y sectores de la sociedad no contaminados por el virus de islamismo radical. Ya desde 1984 existían grupos islamistas violentos en Argelia, como el de Bouyali, al tiempo que la política de arabización había propiciado la llegada de elementos radicales procedentes de distintos países de Oriente Medio. Los denominados "afganos" comenzaron a hacer así su aparición en Argelia

No obstante lo que antecede, la creación del Frente Islámico de Salvación (FIS) en 1989 constituyó un vuelco en la historia reciente de Argelia y empujó al país a la violencia fratricida que ensangrentó Argelia y desembocó en una guerra civil de, prácticamente, una década de duración. El FIS de Ali Belhadj y Abassi Madani no escondía que su objetivo no era otro que la implantación de una República Islámica radical, dando numerosas pruebas en las mezquitas como en la calle de que la violencia, tanto física como verbal, era el instrumento para hacerse con el poder. El FIS gana las elecciones locales de 1990 y la primera vuelta de las elecciones legislativas del 26 de diciembre de 1991. El FLN obtiene menos de 20 escaños y se convierte, por tanto, en una fuerza política más bien de carácter testimonial.

Las Fuerzas Armadas siguieron con preocupación este estado de cosas, que podía conducir a que los violentos se hicieran cargo del Estado y a la impregnación del conjunto de la sociedad por el islamismo radical. Finalmente, el Presidente Chadli dimite el 11 de enero de 1992 y un Alto Comité de Estado se hace cargo del destino del país. Argelia entra así en un período lleno de sangre y turbulencias políticas. Se abre un debate a nivel internacional sobre la legitimidad del nuevo poder y muchos se preguntaron entonces, como se preguntan ahora, si en la raíz de la violencia que asoló el país durante casi una década no estuvo también la decisión de privar al FIS de la victoria que por las urnas le correspondía. El ejercicio del poder, argumentan algunos, le habría obligado a ser más componedor, tanto en el plano doméstico, como en la política exterior, evitando al país una guerra civil que causó alrededor de 150.000 víctimas mortales. El AIS, el GIA y otros grupúsculos terroristas, hasta la aparición del GSPC, llenan de luto el país, mientras, en su respuesta, las Fuerzas de Seguridad no les van a la zaga. Lo cierto es que las Fuerzas de Seguridad argelinas evitaron la implantación de una República islámica radical a dos pasos de Europa (Argel está tan cerca de Madrid como Lisboa), con los riesgos que ello hubiera entrañado para la estabilidad del Norte de África y el flujo normal de los suministros energéticos, con el peligro añadido de una cantera de terrorismo activo a escasos kilómetros de nuestras costas.

Finalmente, la interinidad del Alto Comité de Estado da paso a la presidencia del General Lamine Zeroual, para desembocar en 1999 en la llegada Abdelaziz Bouteflika a la Jefatura del Estado, con el que Argelia da pasos decisivos hacia el fin del aislamiento, la normalización política, la disminución sensible de la violencia terrorista, la recuperación económica y un mayor peso de Argelia en los asuntos internacionales.

La violencia terrorista de la "década negra" merece un comentario. Entre otras razones, porque los sufrimientos de la población en ese dilatado período la hacen de alguna manera refractaria a los cantos de sirena de un islamismo radical, que no ha desaparecido del todo de Argelia, como se pone de manifiesto en el terrorismo de baja intensidad que aun altera la convivencia en paz de los argelinos. Las matanzas del GIA en las zonas rurales empujaron a los campesinos a colaborar con las Fuerzas de Seguridad y a encuadrarse en grupos comunales de autodefensa, haciendo más difícil la vida a los terroristas.

Pese a la derrota gradual del terrorismo, en los últimos años del siglo XX se produjo la creación del Grupo Salafista para la Predicación y el Combate (GSPC) de Hassam Hattab, que recogió la antorcha de sangre del GIA y otros grupos, hasta acabar por convertirse en 2006 en una franquicia de Al-Qaeda para el Magreb islámico. La disminución de la actividad terrorista tuvo, sin duda, que ver con la determinación de las Fuerzas de Seguridad, que no dieron cuartel a un terrorismo que permanecía, pero que se batía en retirada. Al hilo de este combate sin tregua, se ha hablado de "guerra sucia", llevada a cabo por las Fuerzas de Seguridad, lo que se tradujo en torturas y desapariciones de terroristas y de personas vinculadas a esos grupos.

Algunos sectores, dentro y fuera de Argelia, han hablado y escrito de manipulación de los terroristas por los servicios de inteligencia argelinos, dando pie a la expresión, acuñada en

Francia, "quien mata a quien", sembrando la duda sobre la limpieza de la actuación de las Fuerzas de Seguridad, tal como han planteado numerosas ONGs, grupos de defensa de los derechos humanos y asociaciones de familias de los desaparecidos. El tema es complejo y la respuesta a todos esos interrogantes no es fácil, pero lo cierto es que las Fuerzas de Seguridad fueron capaces, como se ha dicho más arriba, de evitar el triunfo del terrorismo, impidiendo que se implantara en Argel una República islámica, que a juzgar por las palabras y los actos de los radicales podría haber tenido graves consecuencias para la seguridad de la Europa del sur.

El liderazgo del Presidente Bouteflika ha resultado en extremo beneficioso para reducir sensiblemente la actividad terrorista, aunque no ha sido capaz de erradicar completamente esta lacra de la sociedad argelina. En comparación con la situación prevalente en los años noventa del siglo XX, el avance ha sido espectacular. El terrorismo de baja intensidad que practica el GSPC tiene todavía un cierto poder desestabilizador, al menos en términos de imagen, pero no está en condiciones de provocar un vuelco político en Argelia. Hoy el terrorismo está limitado a las wilayas de la Kabilia y algunos otros puntos del norte, pero en Argel y en otras aglomeraciones urbanas no se han llevado a cabo grandes atentados desde 2007. Todo lo cual pone además de relieve, la disminuida capacidad logística y operativa del GSPC como franquicia de Al-Qaeda en el Magreb. Ahora que ha desaparecido Bin Laden habrá que hacer un seguimiento riguroso de la operatividad de GSPC y de sus vulnerabilidades.

En cambio, resulta preocupante, la intensificación de la actividad terrorista en los confines del Sahel en la inmensidad sahariana, por las facilidades que brinda a los terroristas una geografía muy hostil y por la debilidad, en términos militares y policiales, de países como Malí, Mauritania y Níger. Ello ha empujado a Argelia a buscar la cooperación con estos países, ejerciendo el liderazgo que imponen sus recursos, el nivel de preparación de sus Fuerzas de Seguridad y su experiencia en la lucha antiterrorista. Los recientes acontecimientos de Libia también fuerzan a esa cooperación reforzada entre los cuatro países. El deterioro de la situación interna de Libia puede hacer mucho más permeable la frontera sur, no solo para los tráficos ilegales, sino también para el aprovisionamiento de los grupos terroristas en armas y pertrechos y su envío a las zonas pobladas de norte argelino. En el contexto de la lucha antiterrorista que se desarrolla en el Sahel, Argelia ha puesto en marcha una estrecha cooperación con los Estados Unidos, como se pone de manifiesto en las conversaciones que actualmente lleva a cabo el Ministro de Asuntos Exteriores, Mourad Medelci, en Washington, en cuya agenda la cooperación en la lucha antiterrorista figura como uno de los aspectos más relevantes.

Consciente de la necesidad de abordar la cuestión del terrorismo desde una perspectiva política, el Presidente Bouteflika lanzó en su primer mandato (1999-2004) la denominada política de "concordia civil", con objeto de dar una salida a las personas y grupos implicados en actividades terroristas. La concordia civil produjo tan solo tímidos avances, en lo que se refiere a la entrega de las armas y a la reinserción en la vida civil de los terroristas. En su segundo mandato (2004-2009), el Presidente sometió a la población la política de "reconciliación nacional", que fue aprobada en Referéndum. Esta política fue más ambiciosa que la concordia civil y el Presidente ofreció la libertad y la reinserción a todos aquellos que

no hubieran violado, participado en masacres colectivas o cometido atentados con bomba en lugares públicos. Esta política ha sido calificada de excesivamente generosa, porque supone la exoneración de responsabilidad en los asesinatos individuales, que se cuentan por miles en la compleja maraña del terrorismo argelino.

En realidad, el objetivo final del Presidente con su política de reconciliación es evitar que el islam políticamente organizado se sitúe en los márgenes del sistema, como ocurriera con el FIS al final de la década de los ochenta de la pasada centuria. Preocupado por la gobernabilidad, el Presidente Bouteflika busca la reconciliación nacional y pasar página a un período de extrema violencia, pero sobre todo que el sistema político pueda acoger a todos los argelinos. El intento es encomiable, aunque desde distintos sectores se haya calificado esta política de cesión ante el terror. También se ha argumentado que con la reconciliación el Presidente Bouteflika ha querido poner en pie también un mecanismo para exonerar de responsabilidad a los miembros de las Fuerzas de Seguridad culpables de haber violado la ley en las operaciones de lucha contra el terrorismo.

A la vista de las acciones emprendidas por el Presidente argelino desde hace años para acabar con el terrorismo, las reformas económicas en dirección del mercado, la privatización y la diversificación, con menor dependencia de los hidrocarburos, y el paquete de reformas presentado el 15 de abril último, para responder a las demandas de la población (jóvenes y parados, fundamentalmente) de más democracia, más bienestar y menos corrupción, como ha sucedido en otros países árabes, desde la orilla norte del Mediterráneo y, en concreto, desde España se deben apoyar esos esfuerzos. Argelia cuenta con recursos para salir adelante. Lo que hace falta es voluntad política, transparencia y que las instituciones funcionen y no sean manipuladas.

Está en nuestro interés que Argelia se convierta en una democracia próspera y estable en paz y armonía con sus vecinos, a comenzar por Marruecos. Esa evolución es la que mejor conviene a la relación bilateral hispano-argelina, así como a las relaciones de Argelia con la UE y a la solución del conflicto del Sahara Occidental, irritante mayor entre Argel y Rabat. En estos tiempos de incertidumbre y turbulencias, hay elementos que pueden empujar a una aproximación entre Marruecos y Argelia: la amenaza terrorista que padecen ambos, los intereses compartidos en el Mediterráneo, los riesgos de desestabilización en el Norte de África y el aprovechamiento de las sinergias que podrían derivarse de una cooperación económica presidida por la confianza. Esa es la agenda que nos compete.

*Juan Bautista Leña Casas<sup>1</sup>*  
*Embajador en Argelia 2004 - 2008*

---

<sup>1</sup> Las ideas contenidas en los Documentos de Opinión son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.